

tarse fuera de la maleza, y desenvolviendo el pedazo de tela que le rodeaba las caderas, meter á los pequeños dentro de ella, haciendo un nudo por las cuatro puntas.

Yo le habia seguido de cerca con el revólver en la mano y mi carabina sobre el hombro izquierdo.

En el mismo instante aparecieron cuatro cingaleses enteramente desnudos por el lado opuesto. Al verme, se acostaron boca abajo en la yerba haciéndome la schaktanga ó postracion de los seis miembros (los dos piés, las dos rodillas y las dos manos).

Eran los totahs-veddahs, que salian de su emboscada.

Después de haberme saludado así, se levantaron.

Uno de ellos, separándose del grupo, avanzó algunos pasos y me dijo en tamoul de la costa:

—Hace cuatro noches que los totahs duermen en la montaña para sorprender al tigre, y hé aquí que el mouloucou (hombre negro que tiene lana en la cabeza, *textualmente carnero*) ha matado al animal y cogido los pequeños; los totahs no tendrán arroz para sus familias.

—¿Cuánto te da por el tigre—le dije yo—el tchoto-saeb de Colombo?

—Tres rupias por los machos, cuatro por las hembras, y una por cada pequeño.

—¿De suerte que esta noche habiéráis podido ganar tus compañeros y tú ocho rupias (veinte francos)?

—Sí, saeb.

—¿Cómo habiéráis hecho para matar la fiera?

A esta pregunta, el indígena se dirigió de nuevo al bosque, volviendo con uno de esos antiguos fusiles de piedra que, después de las transformaciones de las armas europeas, los capitanes de la marina mercante han exportado al mundo entero.

No pude ménos de sonreirme al ver aquella respetable vetustez; la culata estaba groseramente unida con bejucos y cuerdas de tripa de cabra, uniendo de esta manera el guardamonte.

—Si no tienes más que eso para matar las fieras,—dije á mi interlocutor,—acabarás ciertamente por hacerte devorar.

—El tigre no matará al totah mientras no llegue su hora.

—Anuncia á tus camaradas que les regalo la caza, y que sólo quiero conservar uno de los pequeños.

Aquella pobre gente saltó de alegría al conocer mi determinacion, y vinieron todos á prosternarse ante mí, haciéndome mil protestas de reconocimiento.

Ya tenian para comprar arroz lo ménos para dos meses.

Estos pobres indígenas, últimos representantes de la raza primitiva de Ceylan, están rechazados por todas las otras castas, y hasta los impuros rhodias se creerian deshonrados con su contacto. Reducidos á vivir en los vastos bosques de las provincias del Este, no tienen más medios de existencia que la cosecha de los frutos y de las uvas salvajes y la caza de las bestias feroces.

Con frecuencia les sucede que, mal armados y de complexion débil, no hacen más que herir á su terrible enemigo, y tienen que refugiarse en los

árboles para evitar su persecucion; así es que la caza no les es muy productiva.

Al pasar por los distritos salvajes de Ouellasse, Vedah y Matalé, al fin de mi viaje, tuve ocasion de estudiar allí mismo aquella singular raza de hombres, que no presenta ninguno de los caracteres etnográficos que distinguen las poblaciones de Ceylan y del Indostan.

Quería conservar al pequeño tigre como recuerdo de aquella excursion, y debian estar casi recién nacidos, pues sus dientes y sus garras eran aún inofensivos.

Dejamos á los totahs-veddahs desollando á la tigre, y nos volvimos al bengalow.

La luna no tardaria en abandonarnos; los barrancos de las montañas empezaban á cubrirse de nuevo de sombras y de misterio; un silencio profundo habia reemplazado poco á poco al siniestro concierto de los jaguares y de las panteras, que sin duda habian entrado en sus guaridas; un rocío abundante caia como perlas sobre las hojas, y me hacía estremecer de frio bajo el ligero traje que llevaba; todo indicaba que no tardaria en amanecer, sucediendo el dia á la noche casi sin crepúsculo.

Con el fusil á la espalda, pues á aquella hora nada teníamos que temer, tomé el camino del refugio de Tanie-Kaloo, seguido de Amoudou.

Y á propósito de esta caza, debo consignar un hecho que no ha sido comprendido de una manera exacta ni por la ciencia ni por los viajeros.

Se cree generalmente que cuando se ve á la hembra de un tigre, de un jaguar ó de una pantera, el macho no está léjos, y que al combatir á

uno se atrae al otro encima. Esto no es cierto más que en ciertos casos, y puedo afirmar que ésta es la opinion de todos los cazadores indígenas.

Cuando se ataca á una hembra en la época de los amores, tiene uno que habérselas tambien con el macho; pero pasada esta época, machos y hembras se separan, yéndose cada uno por su lado; de suerte que son puras invenciones lo de que el macho va á buscar el alimento para las hembras mientras están amamantando, y luégo cuando los pequeños empiezan á comer.

La hembra sola alimenta y protege á sus hijos.

Los animales feroces no tienen el instinto de la paternidad como los animales domésticos, y si por casualidad algun viajero ha visto á un tigre al lado de una tigre rodeada de sus cachorros, sería una excepcion que no debe considerarse como un hecho general.

Sólo algunos pájaros ejercen ese deber natural.

Es verdad que los bueyes y los elefantes colocan á los animales jóvenes de su raza en el centro del rebaño para defenderlos contra toda agresion; pero esto se hace en comun y sin distincion *de parentesco*, si puede decirse así.

Al llegar al bengalow, encontré á Joaquin y Kandassamy presa de un terror indescriptible. Despertándose sobresaltados al oír el tiro, y no viéndonos allí, creyeron los infelices que habíamos ido á perseguir á los jaguares, y que habíamos sido devorados por ellos.

Di la órden de partir al momento, para llegar á Kálna ántes del mediodía.

Cuando pasamos por la meseta donde habia te-

nido lugar la escena que acabo de escribir, los totahs-veddahs habian terminado ya su trabajo, y tiritando de frio con el rocío, habian encendido fuego con ramas secas y se habian agrupado á su alrededor, esperando la venida del dia para bajar á Colombo.

Las pobres gentes nos acogieron con frenéticos hurras.

— Tú eres bueno para los totahs, — me dijo el jefe de la banda. — Que Siva te acompañe en tus viajes y te haga volver pronto al país de tus antecesores, y ojalá puedas morir rodeado de tus hijos y de los hijos de tus hijos, y que esta transmigracion sea para tí la última.

— Salam (1), totahs-veddahs, — respondí yo. — Os deseo que la muerte venga pronto á terminar vuestros sufrimientos actuales, y que lama, que juzga á los hombres al lado del rio Mandagny, os haga la gracia de un renacimiento dichoso entre la casta de los hombres libres.

Estos deseos, que hubieran parecido extraños en otros países, eran los que más agradecian los pobres cyngaleses.

La universal reprobacion de que son víctimas hace tantos siglos, ha acabado por persuadirles á ellos mismos de que en la gran escala de la vida que la metempsícosis hace recorrer á todas las almas ellos están considerados como un poco más que los animales, y consideran su situación miserable como una consecuencia fatal del rango que ocupan entre las criaturas vivientes. Así es que,

(1) Esta fórmula sirve indiferentemente para decir buenos días ó adios.

lójos de temer la muerte, la llaman á sí con toda su alma, considerándola como signo de regeneracion.

Si la religion brahmánica, á la que pertenecen, no les hiciese creer que el alma del suicida desciende al cuerpo de un chacal, de un buitre y de otros animales inmundos, no dudo que la mayor parte de aquellos infelices no procurasen inmediatamente conquistar una vida más feliz, poniendo ellos mismos fin á su triste y desgraciada existencia.

Siempre que he encontrado en mis viajes algunas de esas tribus miserables, no he podido ménos de notar á qué punto *la justicia, el equilibrio*, por mejor decir, de las grandes leyes que dirigen el universo, escapa á nuestra débil inteligencia, y al murmurar las dos slokas siguientes de Manou, mi pensamiento enviaba á *lo infinito* una interrogacion sin respuesta.

«...El agua se eleva hácia el sol en vapor, del sol descendiende en lluvia, de la lluvia nacen los vegetales alimenticios, y de estos vegetales los animales.

*
* *

»Cada elemento adquiere su cualidad en el que le precede; de suerte que cuanto más alejado está un sér en la escala, tiene más cualidades.

(MANOU, libros I y III, slokas 20 y 76.)

Esta opinion del viejo legislador indio, que hace nacer los vegetales del agua y los animales de los vegetales, tiene gran semejanza con las doctrinas de la escuela naturalista de Darwin.

Unid esto á la metempsícosis, que en la India

hace pasar el alma de los animales al cuerpo de los hombres de raza inferior, conduciéndoles gradualmente por medio de las transmigraciones hasta las clases superiores, y comprendereis el por qué los indios no consideran sus numerosas castas más que como el producto de una clasificación científica y natural.

Hacia ya un cuarto de hora que habíamos dejado á los totahs-veddahs, cuando una larga banda de púrpura y oro iluminó de repente el horizonte, y en algunos minutos el astro radiante, que todos los pueblos en la infancia han considerado siempre como una divinidad bienhechora, arrojó sobre la naturaleza aún medio dormida sus fecundos rayos.

En aquel momento nos encontrábamos en una de las cimas más elevadas del Samanta-Kounta.

Es preciso ver en las latitudes próximas al Ecuador, desde lo alto de una montaña cubierta de esplendente vegetación, la aparición del día, para comprender todo su esplendor. A nuestra izquierda se extendía una larga serie de valles y picos escarpados, cubiertos de multiplants, de tamarindos, de guayabos, de flamboyants rojos y de tulipíferos de flores amarillas; acá y allá algunos bosques de hierro con su follaje de cipres se destacaban del conjunto con un tinte más sombrío, y del fondo de cada barranco corrían hácia la llanura una infinidad de riachuelos que reflejaban la luz, convirtiéndolos en cascadas de oro y plata.

A la derecha, en los confines del horizonte, el Océano rodeaba con sus olas de un azul sombrío los contornos sinuosos de la isla, mientras que á nuestros pies se extendía la inmensa llanura de

Ratnapoor, regada por el Kalloo, que saliendo de los flancos de una roca al pié del bengaloo, el riachuelo se había convertido en un verdadero río.

Cuando empezábamos á bajar por la otra vertiente, nos encontramos de repente enfrente de un estanque medio oculto en un bosque, en el que las mujeres de un pueblecillo próximo iban á hacer las abluciones prescritas por la ley religiosa.

Aquel cuadro encantador se desvaneció tan rápidamente tras el follaje como se nos había aparecido.

—Ahí está la casa de campo de Kaltna,—me dijo el mestizo, extendiendo la mano en dirección de un grupo de árboles que se destacaba á lo lejos en la pendiente de la montaña.

Aunque mis ojos no podían distinguir otra cosa que los vagos contornos de los bosques que rodeaban aquel sitio encantador, todo un mundo de recuerdos asaltó mi mente, y con verdadera emoción contemplé aquel pequeño rincón de tierra, en que tres años ántes había pasado los dos meses más dichosos de mi vida.

¡Cuán impaciente estaba por estrechar contra mi corazón á aquellos amigos tan queridos!

—Aún nos faltan cuatro horas para llegar,—dijo Joaquín, que parecía adivinar mi impaciencia;—el camino hace numerosos recodos para evitar las cuestas, y los caballos no pueden ir más que al paso.

Como acababa de pasar dos noches casi sin dormir, una fatiga que no podía vencer paralizaba todos mis miembros, y resolví tomar algún reposo. Era el único medio para abreviar un camino demasiado largo para mis deseos.

Dejé el carruaje, donde no podía acomodarme á mi gusto, y me metí bajo el techo de follaje de mi carreta, quedándome al poco tiempo profundamente dormido.

Me desperté en medio de un concierto de hurras, de gritos de alegría y de disparos de fusil, y precipitándome fuera del vehículo, me encontré en medio de mi amigo Duphot, de su encantadora esposa, de sus lindos hijos y de todos los trabajadores de Kaltna, que en traje de fiesta rodeaban mi carruaje.

SEGUNDA PARTE.

KALTNA. — PUNTA DE GALLES. — KATTRAGAM.